

ANOMALÍA

LAURA FALCÓ

ANOMALÍA



Consulte nuestra página web: <https://www.edhasa.es>
En ella encontrará el catálogo completo de Edhasa comentado.

Diseño de la sobrecubierta:  Calderón Studio®

Primera edición: abril de 2024

© Laura Falcó, 2024
© de la presente edición: Edhasa, 2024
Diputación, 262, 2.º 1.ª
08007 Barcelona
Tel. 93 494 97 20
España
E-mail: info@edhasa.es

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *Copyright*, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra o entre en la web www.conlicencia.com.

ISBN: 978-84-350-1165-5

Impreso en Barcelona por CPI Black Print

Depósito legal: B 6741-2024

Impreso en España

*A ti, papá,
que siempre creíste en mí y fuiste el más fiel seguidor de
todo cuanto he emprendido. Nos vemos en el otro lado.*

1

Fuego

Filadelfia, 10 de julio de 1915

La noche era muy cerrada y la luna, esquiva, brillaba por su ausencia. En la espesa e inmensa oscuridad, el cálido viento del sur soplaba con fuerza haciendo crujir de forma incesante las ramas de los árboles. De pronto, un creciente e inesperado resplandor iluminó el tranquilo vecindario.

La vieja casa de los Atkinson estaba en llamas. El intenso crepitar del fuego podía escucharse en casi todos los rincones de Wynnefield Avenue, y el olor a madera quemada pronto empezó a colarse en los domicilios cercanos. Eran cerca de las tres de la madrugada, pero la mayoría de los vecinos ya se había despertado con sobresalto. Algunos, asustados por los fregonazos y los incesantes cruji-dos, contemplaban el espectáculo desde los jardines de sus casas, con los batines anudados, esperando que, de un momento a otro, apareciesen los bomberos. Las llamas ascendían cada vez más alto en el cielo, amenazadoras, y los tonos rojos y azulados parecían entrelazarse en el oscuro marco de la noche como si fueran grandes serpientes de fuego, generando un baile casi hipnótico.

Hacía al menos dos años que no vivía nadie en aquella antigua finca de uno de los barrios más ricos de Fi-

ladelfia. Cuando Lisbeth Atkinson, la propietaria, viuda desde una década atrás, murió a los ochenta y nueve años, su familia, que vivía muy lejos de allí, en Louisiana, se olvidó del inmueble. Desde entonces, como ocurría casi siempre, era una invitación para que curiosos y adolescentes con ganas de aventuras se adentrasen en el lugar causando innumerables destrozos. La mayoría recordaba cómo Lisbeth solía sentarse cada día, desde primera hora de la mañana, en el porche de la finca, bordando. Con su habitual simpatía, saludaba a los vecinos cuando éstos se iban a trabajar o a dejar a sus hijos a la escuela. Por eso mismo, no tardaron en darse cuenta de que algo malo le había pasado a la amable mujer. Tras dos días sin verla, la señora Thomson dio la voz de alarma. Los servicios de urgencia la encontraron sin vida tendida en la cama.

Pronto, las apremiantes y molestas sirenas de los coches de bomberos se escucharon en la lejanía. No habían tardado demasiado, pero el fuego ya lo estaba consumiendo todo a gran velocidad. Nadie atisbaba a imaginar qué habría podido originar aquel terrible desastre en una casa vacía y deshabitada. Algunos musitaban que quizá se habrían colado indigentes y, para tratar de calentar el case-rón, habrían encendido una hoguera. Otros decían haber oído una detonación previa al incendio, seguramente debida al mal estado de las tuberías del gas o a alguna colilla mal apagada. Incluso los más retorcidos tenían su propia teoría: ¿y si todo había sido una estrategia de los propietarios para cobrar del seguro?

Los bomberos enseguida iluminaron la calle con sus luces azules. Las sirenas despertaron a los pocos que todavía seguían durmiendo. Sin cruzar palabra alguna con los vecinos, empezaron a disponer con premura todo el material para sofocar las inmensas llamas que ya amenazaban

con arrasar las fincas colindantes. El agua empezó a surgir con fuerza de las mangueras sobre el denostado edificio, luchando por aplacar el voraz fuego que parecía querer carbonizarlo todo a su paso. El sofocante calor del fuego, además, sólo hacía que incrementar aún más los veinticinco grados de aquella tórrida noche del mes de julio. Y, por su parte, el viento, que parecía haberse aliado con el mismísimo demonio, soplaba cada vez con más fuerza, removiendo ascuas y chispas por el entorno. Sin embargo, siempre había algo mágico en el fuego, algo que solía atraer todas las miradas y a la vez aterrorizar a los presentes. Era fascinación casi primitiva, algo que hacía huir a los animales, conscientes del peligro que entrañaba, pero impedía a los humanos apartar los ojos de las sinuosas llamas.

–Sargento, acabo de hablar con un par de vecinos y dicen que no vive nadie en la finca, que la propietaria murió hace ya dos años –afirmó uno de los bomberos.

–Aun así, comprobadlo todo por si acaso –respondió éste, nada amante de la falta de rigor en el trabajo–. No sea que se haya colado alguien.

–¿En serio?

–Y tan en serio.

La fachada delantera ya estaba prácticamente reducida a escombros; nada quedaba del imponente y antiguo torreón verde de estilo victoriano que distinguía a la hermosa finca de los Atkinson, tampoco de aquel viejo y hermoso porche de madera donde Lisbeth pasaba las mañanas. Tan sólo parte de las paredes del otro lado y el sótano seguían en pie, y no por mucho tiempo. Inspeccionar aquel lugar era casi un suicidio. «Puede venirse abajo en cualquier momento», pensó el cabo, bastante enojado por el riesgo que iba a asumir parte de su equipo. Pero no po-

día discutir las órdenes del sargento; sólo podía acatarlas. Aun y contra su parecer, mandó a dos de sus mejores hombres hacia la parte trasera del inmueble, rezando para que regresasen con vida.

A pesar de los cascos y las máscaras conectadas al respirador, moverse entre la espesa humareda resultaba complicado. La visibilidad era casi nula, y guiarse a tientas por un lugar desconocido y que estaba a punto de colapsar no parecía la mejor de las opciones. Los bomberos sostuvieron la respiración por un momento, angustiados, y luego avanzaron con prudencia por el inestable suelo. De pronto, en la segunda planta, un débil sonido que parecía provenir de una habitación, al fondo, captó toda su atención. Aunque muy lejano, sonaba como si alguien estuviese golpeando y arañando, insistentemente, una puerta con uñas y nudillos. Los dos hombres se miraron, sorprendidos, preguntándose qué parte de todo aquello era mera sugestión y cuál realidad, pero enseguida se aprestaron a escuchar para ubicar la procedencia del apremiante ruido. Con tiento, comenzaron a esquivar los boquetes del terreno, y no tardaron en percatarse de que, en el interior de aquella estancia, en la parte de atrás, había un gran armario de madera maciza que parecía haber sido rodeado a conciencia con cadenas y candados. Y de su interior provenía el sonido. Volvieron a mirarse, extrañados. ¿Sería acaso un animal? Al instante, sin titubear, mientras Donovan sujetaba la manguera de aire que les permitía respirar, Hans se sacó el hacha del cinto y asestó hasta nueve golpes sobre la gruesa cadena. Luego, gritando a quien fuese que se hallase en su interior que se pusiese a un lado, reventó la puerta. Cuando apartaron las maderas, no pudieron ocultar su asombro: en un rincón de aquel enorme armario se escondía una pequeña niña de unos dos años. In-

móvil, hecha un ovillo y con la cara tiznada de negro, como negro era su largo cabello lacio, abrazaba con fuerza a un osito de peluche que lucía medio chamuscado, mientras se balanceaba de atrás hacia delante de forma rítmica. Ninguno de los dos daba crédito a lo que veían sus ojos. «¿Quién podría haber hecho algo así? ¿Qué ser había sido capaz de tan ruin y horrible acto? ¿Y por qué?», se preguntaron ambos mientras le colocaban a la niña un respirador y salían a toda prisa del lugar, pues eran conscientes de que el suelo se tambaleaba, amenazando con sucumbir bajo sus pies en cualquier instante. Desde el exterior, sus compañeros, nerviosos, los llamaban a voces y les urgían a abandonar el inmueble, conscientes del peligro. En el mismo momento en que consiguieron ponerse a salvo, ya fuera de la casa, gran parte de la segunda planta colapsó, y una montaña de polvo y briznas cayó sobre ellos.

Incrédulos por su buena suerte, sus compañeros, entre suspiros, rieron y gritaron que aquello había sido casi un milagro; unos segundos antes todos habían creído que ya no iban a salir vivos de aquel infierno. De repente, todas las miradas se volvieron hacia la pequeña de grandes ojos negros que, sin mostrar emoción alguna, acompañaba a los dos hombres. «¿Estaba esta pequeña ahí dentro?», se preguntaban, atónitos. Cuando Don les explicó dónde y cómo la había hallado retenida, se hizo un denso silencio. Nadie era capaz de entender qué mente perturbada podía hacer algo así con una niña tan pequeña e indefensa. Pero, además, ¿cómo había llegado hasta allí? ¿No se suponía que la casa estaba vacía? La niña, sin embargo, parecía estar bien; no tenía ninguna herida visible y ni tan siquiera tosía o mostraba síntoma alguno de asfixia.

–¿Cómo te llamas? –preguntó el sargento a la niña, que lo observaba inexpresiva con sus oscuros y penetrantes ojos y seguía balanceándose de forma continua.

–No habla –dijo Donovan–. Lo he probado todo. No sé si es que aún no sabe o si está en *shock*. La verdad es que es tan pequeña que a saber...

–Avisad a la policía. No cabe duda de que a esta pequeña han intentado asesinarla –afirmó Hans, serio–. Este incendio ha sido provocado. Vamos, no creo que nadie piense lo contrario.

–Es muy probable que sea así, pero no podemos afirmarlo sin las procedentes pruebas. Lo sabremos en breve, cuando llegue la científica y analice la escena –concedió el sargento, y, tras una breve pausa, continuó–: Que alguno interrogue a los vecinos, a ver si alguien la conoce.

Hans se sentó al lado de la niña, ante la atónita mirada de los residentes, que no cesaban en sus murmullos, mientras el equipo terminaba las tareas de extinción. Algo en aquella criatura de largos y lacios cabellos color azabache era extraño, diferente y muy inquietante. Quizá fuese la forma que en se balanceaba, el movimiento espasmódico de su mano derecha y de su cabecita; quizás el horrible oso que sostenía entre sus brazos, o su aspecto... Pero era sobre todo por su aspecto. Más allá de su ennegrecido rostro, algo en aquella niña era siniestro, casi perverso. Tenía una mirada hundida, oscura y perturbadora; unos ojos casi ausentes de blanco; una espesa y despeinada melena oscura le caía sobre la cara, de expresión fría, hierática, falta de emociones. Y lo peor era aquella ausencia total de sonidos. Era posible que no supiese hablar, pero que ni llorase, ni gritase, ni tosiese, ni emitiese sonido alguno ponía los pelos de punta.

Donovan, que había ido a interrogar a los vecinos, se acercó de nuevo hasta ellos y acarició el rostro de la peque-

ña con dulzura, compadecido. Entonces ella se retiró bruscamente un poco para atrás, como si el mero contacto sobre su piel fuera más doloroso que el mismísimo fuego. Los bomberos se miraron con sorpresa por su extraña forma de actuar.

–Supongo que sí debe estar en *shock* –apuntó Don, sorprendido por la reacción.

–Sí, quizá... Supongo –respondió Hans, mirándola no sin un cierto recelo.

–Parece que nadie la conoce. Eso es todavía más raro, ¿no crees?

–¡Qué extraño es todo esto! ¿O sólo me lo parece a mí? –Hans la miró fijamente.

–Muy normal no es... –Donovan, percatándose de la anómala expresión en la cara de su compañero y del tono de su respuesta, añadió–: Es sólo una niña asustada, nada más. ¿Qué es lo que te inquieta?

–¡Precisamente eso!, que no parece en absoluto asustada, ni tan siquiera muestra reflejo alguno. No parece la reacción de una niña normal.

–¿Alguien ha avisado ya a los servicios sociales? –los interrumpió el cabo–. ¿Se puede saber qué hacéis todos ahí parados?

–No lo hemos hecho... –respondió Hans–. Pero dudo mucho que a estas horas nos manden a nadie. Y, aparte, antes habría que llevarla a un hospital para que la reconociesen. No sabemos si puede tener algún tipo de lesión interna.

–Tienes razón.

–Cabo, si te parece bien, ya me ocupo yo de quedarme en el hospital con la pequeña hasta que los servicios sociales se hagan cargo de ella –propuso Donovan–. Total, tampoco me espera nadie en casa.

–Perfecto. Coge entonces el coche de soporte y acércate al hospital; nosotros regresaremos en los camiones.

–De acuerdo.

Mientras Donovan ayudaba a la pequeña a subir al automóvil, Hans la seguía mirando con la sensación de que algo no iba bien. Nunca algo aparentemente tan inofensivo le había causado tal desasosiego. Había algo inquietante en aquella criatura, algo incluso diabólico y que hacía que no se sintiera a gusto a su lado.

–Es una niña... –sonrió Don a su compañero–. Si vieras la cara... Ni que hubieses visto al mismísimo demonio... Anda, ve a casa y descansa. Ya mañana te cuento –exclamó, cerrando la ventanilla del coche.

–Ve con cuidado, no creo que sea tan inocente e inofensiva como parece.

Don condujo hasta el hospital sin pensar en las palabras de su compañero. Al llegar a urgencias, los atendieron con premura; por suerte, el centro hospitalario no estaba demasiado concurrido entre semana, y, además, solían dar prioridad a los cuerpos de seguridad. Una enfermera acudió a los pocos minutos a la sala de espera y se llevó a la niña de la mano para que un médico pudiese reconocerla. Mientras la atendían, Donovan aprovechó para contactar con los servicios sociales desde el teléfono del mismo hospital. Tal y como se imaginaba, de madrugada no tenían personal disponible para efectuar recogidas; no podrían pasar a por la pequeña hasta la mañana siguiente. «Va a ser una noche muy larga», pensó.

Una hora después, al fin, salió un médico.

–La chiquilla está bien, no tiene afectado el sistema respiratorio y tampoco tiene ninguna quemadura. Lo cierto es que ha tenido mucha suerte. Pero... no sé si son cons-

cientes de que esta criatura sufre algún tipo de patología de la conducta...

–No, doctor, pero es cierto que nos extrañaba que no dijese nada y que apenas reaccionara.

–Todavía sabemos muy poco de este tipo de trastornos, pero por lo general afectan al habla, a la empatía y a su capacidad de socializar. Tampoco toleran demasiado bien el contacto físico. Hay que tener mucha paciencia y mano izquierda con pacientes así.

–Entiendo. Por eso se retiró bruscamente cuando le acaricié la cara.

–Es muy probable. Pero... usted no es su padre, ¿no?

–No, que va, yo sólo soy el bombero que la rescató. Por no tener, no tengo ni pareja –bromeó.

–¿Y no hay ningún familiar responsable?

–No. Estaba en el edificio incendiado, encerrada bajo llave, sola en un armario.

–¿Encerrada dentro de un armario? ¿En un incendio? ¿En serio? ¡Por Dios! ¿Qué monstruo haría algo así?

–Ni idea.

–¿Han contactado ya con servicios sociales?

–Sí, claro, pero es muy tarde, y hasta mañana no vendrán a por ella. Les he dado mis datos y mi dirección, así que, si no se queda ingresada, me la llevaré a casa. Creo que comer algo caliente y dormir en una cama, en un lugar tranquilo y amigable, es lo que más necesita ahora.

–Sí, seguramente. Perfecto entonces... –musitó el médico, mirando con pena a la pequeña–. Estate tranquila, bonita, ya estás a salvo. –Y, volviéndose a Don, añadió–: Necesitaré que me firme el alta antes de irse.

–Sin problema.

Donovan miró a la niña con pena. No podía ni imaginar lo que habría sufrido o qué se pasaría en esos momentos

por aquella diminuta cabecita. Él no tenía hijos, pero, aun así, no le cabía en la cabeza que alguien pudiese intentar acabar con la vida de una criatura. ¿Sería por su enfermedad y los problemas derivados de ella? Con ternura, pero con cuidado de no tocarla demasiado y no alterarla, la subió de nuevo en el coche. La llevaría a su casa, le daría algo caliente de comer y la dejaría dormir en su cama hasta la mañana siguiente. Él pasaría la noche en el incómodo sofá del salón. «Afortunadamente, sólo será una noche», pensó.

En cuanto llegaron a la casa, se quitó el sucio uniforme y lo metió en la palangana del lavadero. En ropa interior aún, buscó una camiseta vieja, la más pequeña que encontró, para que la chiquilla pudiese quitarse la ropa sucia y con olor a humo. Con suma delicadeza, a fin de no ponerla nerviosa, la ayudó a desvestirse y tiró las prendas a la basura. Fue al verla desnuda, a punto de llevarla a la ducha, cuando descubrió, cosido en la parte interna de la camiseta interior, que la pequeña llevaba un nombre: Mara.

—Así que te llamas Mara... Bonito nombre —murmuró, dejando caer el agua sobre ella para quitarle los restos de hollín—. Estate tranquila, pequeña. Todo va a ir bien.

Después, la secó con mimo, le puso la camiseta de color blanco, que arrastraba como si llevase un largo vestido de novia, y la dejó sentada en el suelo del baño mientras él tomaba una relajante y necesaria ducha fría. Cuando acabó, ya con el pijama, tomó la mano de la pequeña y fue a la cocina, dispuesto a preparar algo de cenar. No es que tuviese mucha idea de cocinar, y aún menos para niños —la mala costumbre de vivir solo—, pero seguro que la cría aceptaría una tortilla a la francesa y un poco de caldo con fideos. Eso le gustaba prácticamente a todo el mundo.

Tras poner una música suave en la radio, se puso manos a la obra.

Amaneció soleado, pero el tórrido viento de la noche anterior había arreciado. Cerca de las nueve de la mañana, un par de trabajadores de los servicios sociales llamaron a la puerta del domicilio de Donovan. Pero, sorprendentemente, nadie acudió a abrir. La casa parecía estar vacía; no se oían ruidos en su interior, salvo la música del viejo transistor. No era razonable pensar que hubiese salido de casa sabiendo que ellos irían a primera hora. Al mirar por la ventana, vieron que la luz del salón estaba encendida. Llamaron de nuevo, hasta tres veces más. Ante la falta de respuesta, finalmente, decidieron contactar con el parque de bomberos. Al rato, Hans se presentó preocupado en la casa de su compañero.

—Anoche hablé con él y me dijo que vendrían a buscar a la cría esta mañana. No entiendo nada —les explicó, extrañado—. Lo llamé desde el parque antes de venir y tampoco responde al teléfono. Es todo muy raro...

Inquieto por lo que le podía haber pasado a su amigo y compañero, Hans se preparó para romper el cristal de la ventana del salón. Se enrolló un pañuelo en la mano para no hacerse daño y asestó un buen puñetazo a la ventana de palillería inglesa. Luego, saltó por el hueco, con cuidado de no cortarse con los cristales. El silencio era total; sólo la música de la radio en el salón rompía el inquietante mutismo. De hecho, la casa parecía estar extrañamente desierta. Los restos de la cena de la noche anterior estaban todavía sobre la mesa, sin limpiar, y la lámpara permanecía encendida, como si alguien hubiese olvidado apagarla al acostarse. «¿Qué ha podido pasar para que Don lo dejase todo a medias?», se preguntó Hans, nervioso. Miró el sofá: no había señal alguna de que alguien hubie-

se pasado la noche durmiendo allí. Tan sólo una almohada y una manta perfectamente doblada aguardaban a alguien que nunca hizo uso de ellas. Cada vez más contrariado, Hans se dirigió hacia el dormitorio, llamándolo a voces por el pasillo. Pero nadie respondió tampoco entonces, y decidió avanzar con cautela. «Tiene que haberle pasado algo», pensó para sus adentros. Al pasar por delante del baño, miró de reojo al interior. Allí estaba: tirado en el suelo, con las piernas doblegadas para atrás como si de un viejo y roto muñeco de trapo se tratase. Un pequeño charco de sangre delataba que en la caída debía haberse golpeado la cabeza con el borde de la bañera. Y, a su lado, pegada a él, como una inquietante muñeca de cera, estaba aquella siniestra niña, mirándolo absolutamente inexpresiva, inmóvil, callada.

—¡Dios mío! ¡Ayuda! ¡Vengan aquí, por favor! —gritó, abalanzándose sobre Don para tomarle el pulso, aun sabiendo que parecía no respirar

Apartando de un manotazo a la pequeña, comenzó a practicarle una reanimación de urgencia. Aquella criatura de mirada gélida se había puesto en pie y seguía observándolos, en silencio, y ni tan siquiera se inmutaba. A los pocos segundos, la pareja de los servicios sociales apareció en el baño y, en cuanto vieron la escena, llamaron a una ambulancia. La espera se les hizo eterna. Y, mientras tanto, Hans se sentía torturado por la expresión inanimada y fría de aquella criatura. «Jamás debí dejarlo solo», se repetía, atormentado.

Nada pudieron hacer los sanitarios por Donovan, que ya llevaba algunas horas muerto. El personal de la ambulancia se limitó a certificar la defunción. Hans no podía creerse lo que estaba pasando. Sentado en el salón, medio ausente, se preguntaba una y otra vez qué había sucedido

en aquella casa la noche anterior mientras los sanitarios se llevaban en una camilla el cuerpo sin vida de su compañero. Al rato, los de los servicios sociales salieron de la casa con la pequeña de la mano.

–Nos la llevamos.

–No se fíen de su inocente apariencia –les dijo, con un gesto desesperado–. Es el mismísimo diablo.

Ambos lo miraron como si de un demente se tratase.

* * *

Unos días más tarde, al fin llegó el ansiado informe de la autopsia. Según constaba, Don había muerto de un infarto de miocardio. Hans jamás creyó en aquella versión. Él, que lo conocía bien, afirmaba que Don era un hombre sano, sin antecedentes médicos. Para él, aquella niña había sido la responsable, de algún modo, de la muerte de su amigo. Estaba convencido de que el mal habitaba en aquel aparentemente pequeño y desvalido ser, y repetía a quien quisiera escucharlo que algo en su forma de mirar, en su ausencia de palabras, en su propia esencia no estaba bien o no era de este mundo. Sin embargo, nadie le daba crédito; todos pensaban que había perdido el juicio tras el fallecimiento de su compañero y que necesitaba culpar a alguien de lo sucedido. Al poco tiempo, viendo su conducta desquiciada, los jefes lo obligaron a cogerse una baja puntual por depresión. Debía tranquilizarse. Pero Hans nunca volvió a ser el mismo.

Aunque tanto el cuerpo de bomberos como los servicios sociales guardaron silencio sobre todo lo ocurrido en la finca de los Atkinson, a la mañana siguiente la historia de la pequeña niña corrió como la pólvora por todo el Estado de Pensilvania y más allá. El suceso, truculento donde

los hubiese, no tardó en llenar las portadas de la prensa local durante semanas enteras, y los titulares sensacionalistas se multiplicaban cada día. Algunos vecinos empezaron a contar a sus conocidos y familiares rumores de lo más fantásticos. Y también se lo explicaron a la prensa. Había quien afirmaba que la niña estaba endemoniada, y otros aseguraban que sus padres habían tratado de matarla porque estaba maldita. Todo eran rumores, corrillos, maledicencias, y, aunque la policía estuvo bastante tiempo investigando el luctuoso suceso, nunca consiguió establecer relación alguna entre aquella pequeña con los únicos familiares que Lisbeth tenía en Nueva Orleans. Tras un mes buscando respuestas, el caso quedó cerrado. Fuera cual fuese la verdad, los servicios sociales eran plenamente conscientes de que iba a ser muy complicado que alguien quisiese adoptar a la niña. Si su salud mental ya se lo ponía bastante difícil, aquellas historias lo empeoraban todo. ¿Quién iba a interesarse por una niña con problemas médicos y con fama de maldita o endemoniada? Con pena, la dirección de la casa cuna vio cómo el tiempo iba pasando. Llegó el mes de agosto y nadie había querido dar una oportunidad a la pequeña Mara. Mientras, ella seguía sin ser capaz de hablar, de comunicarse con los demás, de mostrar reacción alguna. Se limitaba a comer, a dormir y poca cosa más. El personal del centro, que en un principio procuraba protegerla, empezó a llamarla «la rara», y algunos de ellos comentaban que no se sentían demasiado cómodos cuando la tenían a su cargo. Muchos afirmaban que les daba miedo, que se rumoreaba que fue ella quien mató al bombero que le salvó la vida. Y también los demás niños del centro, asustados, se apartaban de ella en lo posible y no la aceptaban en sus juegos. Cada día que pasaba, Mara se encerraba más en sí misma.

Los Ringling Brothers y el Barnum & Bailey Circus

Se miró en el espejo, como cada mañana, quizás esperando que por una vez en su vida la imagen fuese otra muy distinta a la que la tenía acostumbrada; una más amable, menos desagradable. No recordaba lo que era verse bien, mejor dicho, normal, desde que, en la adolescencia, su cuerpo cambió para siempre. Primero fue aquella leve vellosoidad bajo la nariz; pensaron que era fruto de las hormonas y que desaparecería con el tiempo. Pero, lejos de eso, se convirtió en una espesa barba oscura, tan negra como sus cabellos, e imposible de disimular hasta recién afeitada y con maquillaje. Ni tan siquiera su hermosa y espesa cabellera color azabache ni sus grandes ojos color miel conseguían distraer las miradas ajenas, que, crueles, escudriñaban una y otra vez su rostro esbozando un desagradable gesto de desaprobación. Su vida no había sido nada fácil, y se había sentido rechazada en tantas ocasiones que ya había perdido la cuenta. Las burlas, el horror con que la miraban por la calle, la incapacidad para tener amigos... Y en casa tampoco era mucho mejor. Tercera hija de una numerosa familia de siete hermanos, sus padres apenas tenían tiempo ni recursos, y casi la ignoraban. La madre, incapaz de enfrentarse al problema de la hija, pre-

fería fingir que era normal, mientras que el padre se avergonzaba de la atrocidad que habían engendrado. Aún recordaba con suma tristeza la primera vez que, con trece años, se fijó en un chico. Éste, al saber de su interés, la llamó monstruo barbudo y se rio públicamente de ella. Se pasó casi una semana sin querer pisar la calle, llorando desconsolada. Para ella el circo, sin lugar a dudas, había sido su tabla de salvación; allí era una más, nadie se reía de ella ni la juzgaba. Rodeada de deformidades y anomalías de lo más extrañas, Sylvie se sentía incluso afortunada. Allí podía permitirse llevar una vida bastante normal. Comparar su problema con el de las siamesas Hilton, unidas de forma inseparable por el torso, o con el de Schlitzie, que nació con una discapacidad que lo dejó con un cráneo enano, deforme, y un cerebro no desarrollado, hubiese sido del todo inapropiado y muy egoísta por su parte.

Todo sucedió al cumplir los dieciséis años. Su padre, incapaz de lidiar un día más con lo que consideraba una desgracia, una vergüenza familiar, y sabiendo que difícilmente la iba a casar, decidió darla en adopción al circo de los hermanos Ringling. Mantener de por vida a una hija no era una opción viable, y menos si a ello se le sumaba el poco o nulo apego que había mostrado siempre por sus hijas; para él tan sólo contaban los varones.

Los hermanos Ringling eran siete hombres, y sus humildes orígenes se remontaban a un pequeño circo inaugurado en 1884, cuando el famoso de Barnum y Bailey gozaba de gran popularidad. Los Ringling trasladaban su espectáculo de ciudad en ciudad en unas pequeñas caravanas de carromatos; sólo cuando comenzaron a triunfar pudieron trasladarse en tren, y, para entonces se convirtieron en el espectáculo móvil más grande del momento. Al fin, los hermanos compraron el Barnum and Bailey

Circus, en 1907. De primeras, ambos circos funcionaban de manera independiente, pero, con el tiempo, cuando de los siete hermanos sólo quedaron dos al frente del negocio, los fusionaron a fin de facilitar su gestión. Más que un circo al uso, lo suyo se acercaba más a un espectáculo de atrocidades: un *freak show* de esos que tanto levantaban el interés del público; en especial, de las clases pudientes, que, ávidas de estímulos y emociones, buscaban algo que rompiese con su aburrido día a día. La lucha por conseguir los números más esperpénticos y los personajes más extraños e inquietantes llevaba a estos circos a buscar, mundo a través, todo tipo de anomalías. Incluso, en algunos casos, no tenían pudor en crear sus propios monstruos, como había hecho años atrás Barnum con su famosa sirena, fruto de la unión de la parte superior de un mono con la cola de un pez. Aquellos fraudes se incorporaban al espectáculo sin rubor alguno, como auténticos hallazgos capaces de retar a toda la comunidad científica, y nadie cuestionaba su veracidad ni perseguía el engaño.

De vez en cuando, Sylvie todavía se acordaba con angustia de las lágrimas y la desesperación en el rostro de su pobre madre al ver, impotente, cómo un extraño se llevaba a su hija para siempre. Sabía que no la iba a volver a ver, pero su opinión no contaba, y tampoco podía cuestionar u oponerse a la voluntad de su marido; de hacerlo, hubiese terminado sola y en la calle. La venta de Sylvie al circo reportó a la familia una cuantiosa suma de dinero con la que solventarían muchos de sus problemas. Pero, para la joven, separarse así de su madre y de sus hermanos supuso un golpe tremendo que la hizo sumirse durante meses en una importante depresión que aún hoy arrastraba en una vida de inseguridad y sensación de desarraigo enormes. Durante mucho tiempo sufrió terribles pesadi-

llas y miedos nocturnos, y sólo gracias al cariño de sus compañeros de espectáculo poco a poco salió adelante y sustituyó el amor de su familia real por una nueva: la del circo. Y, de todos ellos, había uno con el que Sylvie se llevaba especialmente bien: Frank Lentini.

Frank sólo le sacaba dos años y, ciertamente, para estar en el circo, era bastante atractivo. Sus grandes ojos castaños, sus marcadas facciones y su pelo negro engomado le daban un porte elegante y distinguido. Todo parecía perfecto en él, siempre que no te fijaras en el pequeño detalle que lo diferenciaba del resto de hombres: sus tres piernas. Su extraña anomalía se debía a un gemelo parasitario que no se desarrolló durante el embarazo; aquel nonato estaba unido al cuerpo de Frank en la base de la columna vertebral, y consistía en parte de una pelvis, genitales masculinos bastante rudimentarios y una pierna completa en el lado derecho, con un pequeño pie adicional en la rodilla que correspondía a la segunda e inexistente pierna de ese supuesto hermano que nunca tuvo. Si bien lo habitual era que ninguno de los gemelos sobreviviera mucho más allá de una semana, en el caso de Frank, para sorpresa de la comunidad médica y de sus padres, no fue así. Y se había convertido en un hombre de carácter agradable, tranquilo y con un gran sentido del humor; algo muy necesario cuando uno es considerado un bicho raro. A diferencia de Sylvie, Frank había terminado en el circo por elección propia, y no le iba nada mal.

Francesco, como lo llamaba su madre desde niño, no tomó conciencia de su extrañeza hasta casi los cinco años, cuando empezó a salir a la calle a jugar y comprobó que todos los niños del barrio tenían una pierna menos que él. Aquello lo impactó de primeras, pero, además, como de inmediato se convirtió en la diana de todas las burlas

de los críos del lugar, pronto se volvió más introvertido y desconfiado. Su madre, sin embargo, siempre luchó por ayudarlo a integrarse: cosía una pierna extra en todos sus pantalones y también se ocupaba de encargarse al zapatero del barrio tres unidades de cada zapato. Frank aprendió a sentarse y a dormir con esa incómoda tercera pierna sobre su cuerpo, y, con el tiempo, también a relativizar las burlas y soportar mejor su peculiaridad.

La llegada del quinto hijo a la familia hizo insostenible la vida de apuros económicos que llevaban en Siracusa. Por eso, en cuanto alguien cercano les sugirió que la exhibición de la rareza del pequeño Frank les haría ganar un dinero fácil, decidieron emigrar a América y probar suerte. Para cuando viajaron a Liverpool, y más tarde a Estados Unidos, Frank tenía nueve años. Su nueva vida, en realidad, empezó en la ciudad de Boston, y, aunque en un inicio se limitaba sólo a deprimentes espectáculos de títeres ambulantes, siempre se tuvo en cuenta su opinión. En 1906, logró debutar en el Madison Square Garden con el Ringling Brothers Circus. Su número, en el que chutaba balones con las tres piernas, causaba furor, y enseguida se convirtió en una cotizada atracción. Todo el mundo quería ver a «La maravilla de tres piernas», «El trípode humano», y muy pronto se ganó el apodo de «El Rey». A diferencia de lo que había vivido Sylvie, Frank estaba encantado de haber dejado atrás las burlas de sus compañeros de juegos para convertirse en una estrella del espectáculo. Además, sus padres siempre lo acompañaron, hasta que fue lo suficientemente mayor como para volar solo. Él siempre estuvo de acuerdo en incorporarse al mundo del circo, incluso le parecía algo divertido. Allí era importante, famoso, y nadie lo menospreciaba. Por fin sentía que había encontrado su lugar en el mundo. Y, aunque había mo-

mentos en que podía echar de menos a su familia, por carta seguía sabiendo puntualmente de ellos.

Frank, apenado por los sufrimientos de Sylvie, desde el principio se convirtió en su paño de lágrimas, y poco a poco pasó a ser su mejor amigo. Podía entender perfectamente el dolor que el rechazo de la familia podía generar y su vacío emocional. Sylvie, por su parte, halló en Frank a alguien con quien compartir su pena, alguien que la apoyaba y ayudaba a mejorar en su recién estrenada profesión. Tan estrecha se volvió aquella incipiente amistad que ambos fueron descubriendo nuevos sentimientos y no tardaron en enamorarse y en querer formar una familia. Así fue como, en la primavera de 1911, contrajeron matrimonio bajo una enorme y colorida carpa circense, con los padrinos e invitados más extraños que uno pudiera imaginarse. Hacía muchos años que el circo no vivía un suceso tan feliz, y los festejos duraron casi tres días con sus respectivas noches. Sin embargo, la alegría inicial no les duró demasiado, ya que el destino quiso que Sylvie no consiguiese llevar adelante ningún embarazo. Lo intentaron hasta la saciedad, pero nada parecía dar resultado. Tras acudir a varios médicos, el diagnóstico repetitivo cortó de raíz toda esperanza: Sylvie tenía una anomalía genética que le imposibilitaba la gestación normal de un embrión. La tristeza se apoderó de la hasta entonces feliz pareja. Ambos venían de familias numerosas y querían a toda costa formar la suya propia. Durante meses, no aceptaron la realidad y lo siguieron intentando buscando un milagro, pero, al final, hartos de luchar contra molinos de viento, se plantearon la opción de adoptar. Sin embargo, tampoco ése iba a ser un camino fácil: ¿quién iba a dar a un crío en adopción a una pareja deforme y cuya vida se desarrollaba en un en-

torno nada adecuado para su educación? Frank, posiblemente el más optimista de los dos, recorrió casi todas las casas cuna del país tratando de convencerlas de que serían los padres perfectos más allá de sus defectos físicos, pero nunca tuvo éxito. Es más, en alguna ocasión tuvieron que soportar las crueles burlas de aquellos de quien dependía su futura felicidad.

Tras casi dos años de infructuosa y agotadora lucha, asumieron la imposibilidad de crear su propia familia y aprendieron a conformarse el uno con el otro. Y lo cierto es que tampoco les iba demasiado mal. Hasta que, a finales de julio de 1915, el circo llegó a Filadelfia. Entonces, una nueva perspectiva pareció abrirse ante ellos. Dos días después de haberse instalado a orillas del río Delaware, oyeron hablar del extraño suceso que veinte jornadas antes había revolucionado la hermosa ciudad: Mara, la supuesta niña maldita que a punto estuvo de morir quemada en un incendio encerrada bajo llave en un armario. Los ojos de Sylvie se abrieron de par en par al escuchar la historia, y sintió un nuevo atisbo de esperanza. ¿Y si aquélla era la oportunidad que habían estado buscando? Nadie salvo ellos quería adoptar a una niña maldita y con algún tipo de retraso mental, se dijeron para sus adentros. Al principio, Frank, temeroso de una nueva negativa y de que eso deprimiera una vez más a su mujer, trató de que Sylvie se olvidase de la idea, pero ella estaba tan decidida a intentarlo por última vez que, finalmente, accedió a probarlo.

Aquella mañana de principios de agosto, Frank le hizo prometer a Sylvie que, si les volvían a denegar la adopción, cejaría para siempre en el intento. No quería volver a verla sufrir. Nervioso, se puso su mejor traje, y Sylvie, que bajo ningún concepto podía afeitarse la barba, ya que la necesitaba para la función de la noche, se la trenzó con

esmero y, tras vestirse lo más femenina posible, se recogió la larga melena en un moño alto. El camino hasta la casa cuna, a pleno sol, les pareció interminable. No podían evitar sentir los ojos de los lugareños clavados en ellos. Si uno de ellos llamaba poderosamente la atención de la gente, los dos juntos eran un auténtico reclamo: sólo les faltaba un cartel anunciando el espectáculo de la noche. Los niños los señalaban con descaro, y las mujeres, asustadas, cambiaban incluso de acera. Por suerte, aquellas reacciones ya no les afectaban en demasía. Por fin, tras casi media hora de abrasadora caminata, llegaron frente al edificio. Tras mirarse a los ojos, se dieron la mano y contuvieron la respiración. Al momento, siempre unidos, subieron la pequeña escalinata de entrada como si fuese la del cadalso y se acercaron a la recepción.

–Buenos días –dijo Sylvie con voz entrecortada a la mujer canosa de mediana edad que, tras la ventanilla, estaba concentrada leyendo con gruesas gafas de pasta.

Ésta levantó la vista ligeramente por encima de los lentes e, incapaz de disimular su sorpresa, la miró con expresión de espanto. Sylvie respiró hondo. Frank, sabiendo que tras aquella mampara no vería sus tres piernas, se adelantó y salió en ayuda de su apurada mujer.

–Buenos días, si es usted tan amable, querríamos hablar con el responsable de las adopciones.

Sin poder apartar sus pequeños ojos grises de la tez de Sylvie, la mujer respondió:

–Buenos días. ¿De parte de quién? ¿Tenían ustedes cita? –preguntó, todavía ojiplática.

–No, no tenemos cita, pero estamos interesados en hablar con algún responsable de Mara, la niña que salvaron del terrible incendio hace como un mes.

–Ya, entiendo... ¿Y su nombre es?